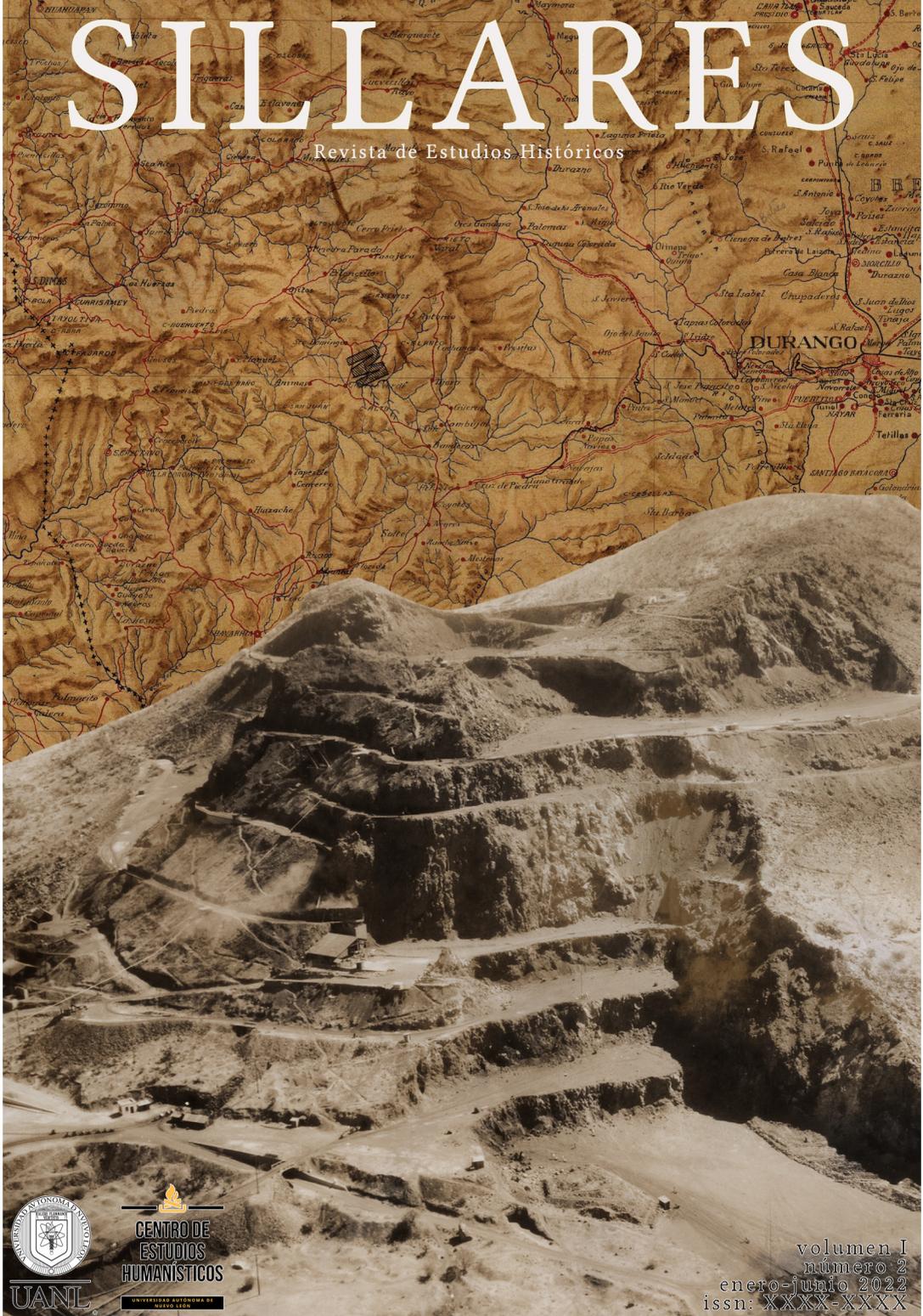


SILLARES

Revista de Estudios Históricos




CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

volumen I
número 2
enero-junio 2022
issn: XXXX-XXXX

Sillares

Revista de Estudios Históricos

<http://sillares.uanl.mx/>

*José Fernando Ramírez, historiador del
siglo XIX*

**José Fernando Ramírez, 19th century
historian**

Edgar Iván Espinosa Martínez
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
orcid.org/0000-0003-3730-0181

Recibido: 18 de agosto de 2021

Aceptado: 3 de octubre de 2021

Publicado: 1 de enero de 2022

Copyright: © 2022, Edgar Iván Espinosa Martínez. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/sillares1.2-6>

José Fernando Ramírez, historiador del siglo XIX

José Fernando Ramírez, 19th century historian

Edgar Iván Espinosa Martínez
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
orcid.org/0000-0003-3730-0181

Resumen: El artículo presenta a un personaje de múltiples facetas y destacados talentos: José Fernando Ramírez (1804-1871). Nacido en Parral, Chihuahua, México a este abogado, político y escritor prolífico le tocó vivir -y por momentos ser copartícipe-, de algunas de las experiencias definitorias para México durante el siglo XIX. Como sucedió con integrantes de aquellas generaciones, dichos procesos lo marcarían para siempre y su obra -en particular la que desarrolló como historiador- nos sirve como objeto de estudio para sopesar su compromiso con el devenir nacional.

Palabras clave: intelectual; siglo XIX; historiador; liberalismo; romanticismo.

Abstract: The article presents one character of multiple facets and outstanding talents: José Fernando Ramírez (1804-1871). Born in Parral, Chihuahua, México, this lawyer, politician, and prolific writer had to live -and in certain moments participate- in some of the defining experiences of México in the XIX century. As happened with other members of those generations, such processes would mark his trajectory, and we can use his writings, particularly his work as a historian, as an object of study to consider his commitment to the national future.

Keywords: intellectual; XIX century; historian; liberalism; romanticism.

El siglo XIX es de gran sutileza: es también de refinada hipocresía no exenta de profundo sentido. En esa época, a la que estamos todavía tan amarrados, lo civilizado era amar sin medida, sin discriminación. Se amaba a todo, a los pueblos en particular y a la humanidad en general; al progreso y a las ciencias, a la patria y a las máquinas; se amaban las ciencias y a sus aplicaciones; pero sobre todo, ante todo y por todo, se amaba hasta la locura a la Verdad; pero a la Verdad pura, a la verdad desinteresada, virgen e inútil.

Edmundo O'Gorman

Planteamiento

Mucho se ha estudiado, escrito y publicado acerca de la obra de los grandes personajes nacionales del siglo XIX. El elenco es vasto, desde José Joaquín Fernández de Lizardi durante los años de la Revolución de Independencia, pasando por Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora, Joaquín García Icazbalceta, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio hasta Justo Sierra en la etapa porfiriana. De hecho, la obra de estos y otros destacados hombres públicos de entonces, sigue siendo objeto de investigación con base en nuevas preguntas y planteamientos.

En tal sentido, el propósito del presente trabajo es acercarnos a la actividad que, como estudioso de pasado, desarrolló José Fernando Ramírez y cómo dicha actividad incidió en la constitución del Estado nacional mexicano a lo largo de aquella centuria. En particular, nos interesa ubicar a nuestro autor como parte de una pléyade de destacados personajes quienes, mediante su obra y posición, contribuyeron a difundir

un conocimiento sobre el país en momentos donde el devenir de México estaba en entredicho. Un aspecto a destacar será la incidencia de Ramírez a partir del estudio y rescate de algunos de sus trabajos (en este caso, como historiador) sobre asuntos locales y regionales (en especial Chihuahua y Durango, y en general del Noroeste mexicano) en ese proceso de constitución nacional.

Para desarrollar lo anterior, se contempla la línea trazada por la *historia intelectual*.¹ Lo anterior remite a la consideración de propuestas ensayísticas, cuyo tema son los grandes problemas nacionales (definir posturas político-ideológicas, diagnóstico sobre ciertas problemáticas, forma de gobierno, entre otros). Así el asunto, contemplo dicha línea como una nueva área con posibilidades cuya característica sería la confluencia de elementos de distintas disciplinas para analizar producciones textuales y el ambiente en que surgen y circulan. En especial, me apoyo en el planteamiento que indicaría ir más allá de lo que el texto

¹ La *nueva historia intelectual* tiene su basamento en tres escuelas o tendencias de pensamiento del siglo XX: la encabezada por Q. Skinner (Escuela de Cambridge), la delineada por R. Koselleck (Historia Conceptual Alemana) y la propuesta de P. Rosanvallon (Nueva Historia Política Francesa). François Dosse es quien logra delinearla en su forma más acabada en *La marcha de las ideas* (2007). En el ámbito hispanoamericano, los trabajos más acuciosos en esta línea son los de Elías José Palti, quien ha estudiado los casos de México (*La invención de una legitimidad*, 2005) y Argentina (*El momento romántico*, 2009) en el siglo XIX. En esa línea, Carlos Illades y Rodolfo Suárez recientemente coordinaron *México como problema*, donde analizan las propuestas de conceptualización de nuestro país como “entidad histórica” elaboradas por personajes de distintas generaciones (desde mediados del siglo XIX hasta la última parte del XX).

(en lo explícito) dice para proceder a interrogar a su autor y encontrar cómo fue posible que haya escrito lo que escribió en un momento determinado.² Así, procuro abordar mi objeto de estudio según la premisa que sugiere contemplar al autor, su respectiva obra y su época como realidades concretas, con condiciones particulares y relacionadas entre sí. Para el caso que me ocupa, la pregunta es cómo José Fernando Ramírez concibió parte de su obra tomando en cuenta dos ángulos: el momento que México experimentaba (es decir, *su* presente) y la posición que nuestro personaje adoptó ante tal coyuntura (postura político-ideológica).

¿Ilustrado, conservador, cosmopolita o provinciano?

José Fernando Ramírez vio la luz en Parral, en mayo 5 de 1804 (entonces jurisdicción de Nueva Vizcaya, Reino de Nueva España, que en la geografía actual corresponde a las entidades de Chihuahua, Durango y Sinaloa), y murió -en un segundo exilio- en Bonn (entonces parte del Reino de Prusia) en marzo 4 de 1871.³

Sus datos biográficos indican un perfil destacado: proviene de una familia que podría decirse era acomodada y próspera (con intereses en la minería -actividad que, de hecho, convirtió a

² Elías José Palti, *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009), 132.

³ César Sepúlveda, "José Fernando Ramírez. Estancia y muerte en Bonn, 1867-1871", *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 8 (1987): 24-41.

esa localidad en enclave desde tiempos coloniales- y en pequeñas factorías) y se convierte en abogado⁴ (profesión que en México hasta 1867 definió a los principales cuadros políticos).⁵

Erika Pani señala que la “clase política” y los “hombres públicos” del siglo XIX en México fueron “herederos de la Ilustración y de las revoluciones atlánticas” (en particular, la guerra de Independencia en Norteamérica y la Revolución Francesa), siendo una constante en dicho proceso “tratar de asimilar, amoldar y depurar” dicho legado ideológico (libertad, justicia, legalidad, orden, igualdad). En el terreno de las ideas, aquellos ilustrados -entre los cuales se encuentra nuestro personaje- crearon a partir de ese influjo una postura intelectual y académica propia según

⁴ Ernesto de la Torre Villar, ed., *José Fernando Ramírez. Obras Históricas I. Época Prehispánica* (México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001), 20.

⁵ Elías José Palti, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)* (México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2005), 312–13. El historiador argentino afirma que durante los años de la República Restaurada (1867-76) se fraguó y consumó una recomposición y reacomodo dentro de la élite ilustrada intelectual y políticamente activa. En dicha cúpula, que venía siendo dominada por los abogados al ocupar puestos clave en distintos gobiernos para encausar el devenir nacional, la presencia y el actuar de los médicos poco a poco se habría ido imponiendo, tanto en número como en posiciones, lo cual influyó en la toma de decisiones en el poder político y en la esfera pública. La figura que encabezó dicho proceso de recomposición institucional fue Gabino Barreda (1818-1881). Médico y educador, Barreda es quien sistematiza la introducción en México de las “doctrinas filosófico-pedagógicas” en la instrucción pública a partir de la restauración de la República en 1867. El “nuevo credo” del proyecto liberal, cuyo objetivo era estructurar e imponer un efectivo esquema normativo para la sociedad, quedó manifestado en la *Oración Cívica*.

las condiciones sociales y políticas de la sociedad mexicana de la época.⁶ Como otros personajes (José María Iglesias, José María Roa Bárcena, Manuel Orozco y Berra), fue testigo -y en ocasiones copartícipe- de algunos de los acontecimientos que definieron a México (consumación de la Independencia, invasión del ejército estadounidense o la instauración del Segundo Imperio).

Desde un punto de vista generacional, consideramos dos propuestas que pueden ser útiles para ubicar a nuestro personaje. Quizá la más conocida, la de Luis González, para quien el ilustrado formaría parte de lo que el historiador michoacano concibe como la pléyade de la Reforma. Es decir, se encontraría entre aquel puñado de quienes la historiografía considera como próceres y notables que vieron la luz entre 1806 -con Juárez como decano- y 1820.⁷ Dicha generación romántico-liberal fue una élite en el sentido más estricto del término, un grupo cuya condición de clase le permitió tener una vida con ciertas ventajas. Así, la gran mayoría de ellos habría nacido en entornos urbanos con poblaciones en algún grado densas, desde un punto de vista racial pertenecieron a una “minoría blanca” y la formación que tuvieron señalaba oficios como el sacerdocio, la actividad política, el quehacer cultural, la vida castrense o la ciencia médica, con lo

⁶ Erika Pani, *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas* (México, DF: El Colegio de México; Instituto Mora, 2001), 26.

⁷ Luis González y González, *Obras Completas. Tomo VI La ronda de las generaciones* (México, DF: Clío; El Colegio Nacional, 1997), 17–32.

cual, necesariamente, se infiere que fueron individuos con acceso a algún tipo de instrucción.

En el mismo sentido, pero centrando sus argumentos en las ideas y pensamiento de aquellos personajes, Charles Hale advierte que se trató de liberales mexicanos quienes elaboraron y difundieron intelectualmente la Reforma. Para el historiador estadounidense, ilustrados como M. Otero, P. Arriaga, S. Lerdo de Tejada, M. Ocampo, I. Ramírez y G. Prieto, nacidos entre los años de 1810 y 1820, ejercieron por lo general la abogacía y habrían conformado una generación romántica.⁸ Un par de aspectos destacan entre los miembros de dicha generación: creer en el devenir histórico (*romanticismo*)⁹ y apelar a la guía de un Estado rector (*liberalismo*).¹⁰ Para ellos, como parte de una élite

⁸ Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX* (México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2002), 22.

⁹ El movimiento romántico se originó y propagó en Europa entre 1760 y 1830 con hondas repercusiones en los campos artístico, filosófico y literario. Un rasgo que definió al *romanticismo* fue interesarse y valorar el pasado más remoto, ya que en él podrían encontrarse logros de otros momentos históricos (para Occidente, la etapa anterior al cristianismo) así como de otras culturas (egipcia, china, india). En México, dicha corriente de pensamiento tuvo su auge entre 1836 y 1867. En ese lapso, contribuyó de forma decisiva a construir y difundir un sentido de pertenencia nacional. Dicha representación de *mexicanidad* se manifestó a través de pinturas, dibujos, fotografías, novelas, poesía, diarios de viaje y, por supuesto, el trabajo de los historiadores. Así, para los historiadores mexicanos de la época el estudio del pasado era un reencontro con el origen mediante lo cual elaboraron y difundieron un sentido de pertenencia.

¹⁰ Los planteamientos e ideas liberales durante el siglo XIX se centraron en otorgar primacía -y en cierta forma exaltar- a los modernos estados nacionales. México, independizado a principios de esa centuria, en automático entró en Sillares, vol. 1, núm. 2, 2022
DOI: <https://doi.org/10.29105/sillares1.2-6>

progresista, era necesaria una transformación que implicaba acabar con ciertas condiciones del *Ancien Régime* que aún permanecían (clasificación étnica, desigualdad económica, ausencia de reconocimiento político). En contraste, sus aspiraciones (república federal democrática, instituciones representativas, sociedad secularizada, desarrollo de la libre empresa, salvaguardar los derechos individuales) apuntaban hacia un modelo que impulsara la modernización y el progreso en el plano de una ideología liberal.¹¹ El sustento de tales planteamientos era el liberalismo en su fase *estatista*, lo cual suponía que el individuo sólo podía ser libre dentro de los márgenes del Estado.¹²

la tesisura: la prioridad era, por tanto, constituir el estado nacional mexicano. La élite entonces activa en los planos intelectual y político reconoció tal prioridad y se sumó a ello, al organizarse en espacios específicos (sociedades, clubes, agrupaciones) para desarrollar sus tareas y actividades de forma articulada (literatura, periodismo, opinión pública, programas de gobierno). En esa intervención estratégica dirigida a propiciar gobernabilidad, los historiadores desempeñaron un papel relevante ya que con su obra ayudaron a modelar al ciudadano mexicano al darle a conocer su pasado en un sentido ideográfico.

¹¹ David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano* (México, DF: Era, 2004), 101.

¹² En su forma *moderna* -en particular durante el siglo XIX-, el Estado fue una construcción conceptual formalista cuya composición básica era de tres elementos: *soberanía* (poder político), *población* (ciudadanos) y *territorio* (espacio geográfico). Lo anterior obedeció al objetivo de constituir una organización coercitiva para ordenar a las sociedades. Jaime del Arenal toma como ejemplo el derecho, la norma, la ley y la justicia de lo cual el estado mexicano se apropió hasta tener el monopolio de su “correcta” aplicación. Lo anterior llama la atención, si se toma en cuenta que durante la etapa colonial se desarrollaron múltiples formas de ordenamientos jurídicos no estatales (indígenas, religiosos, corporativos, etc.). Dicho “absolutismo jurídico” decimonónico tuvo como objetivo controlar y modelar las acciones de los individuos en to-

En este ambiente, Ramírez tuvo colaboraciones en el plano político (quizá la más relevante fue en el Congreso Constituyente de 1842, que derivó en la redacción de unas *Bases Orgánicas* al año siguiente). En esos años en los cuales nuestro país experimentó su más grave crisis al estar en entredicho la viabilidad del Estado nacional, también formó parte del Consejo de Gobierno (1846) al lado de otras destacadas figuras como V. Gómez Farías, J. M. Lafragua, L. de la Rosa y el ya mencionado Otero. Como ocurrió con aquellas generaciones, fue testigo del conflicto con Texas, preludio de lo que hasta la fecha se considera la mayor tragedia para México: la invasión del ejército estadounidense con el desenlace de la “pérdida” del territorio nacional. Un par de décadas más tarde, este liberal chihuahuense se decantará

das las esferas de la vida. En cuanto al vínculo entre Estado e historia, Enrique Florescano señala que la constitución del Estado moderno (suma de todas las instituciones, autoridad pública suprema y, por tanto, el gran referente), supuso una confrontación con los diversos grupos, segmentos y estratos al imponer una *uniformidad* a través de una legislación general, una administración central y un poder único. En lo que concierne a la escritura de la historia, Florescano destaca la función que tuvo en dicho proceso la elaboración y difusión de una *historia patria* que se encargara de justificar, difundir y promover dicha uniformidad. Para la experiencia mexicana de la segunda mitad del siglo XIX, la obra *México a través de los siglos* logró abonar en la consecución de tal objetivo estratégico. Ver: Jaime del Arenal, “El discurso en torno a la ley: el agotamiento de lo privado como fuente del derecho en el México del siglo XIX”, en *Construcción de la legitimidad política en México*, ed. Brian Connaughton, Carlos Illades, y Sonia Pérez Toledo (México, DF: El Colegio de Michoacán; Universidad Autónoma Metropolitana; Universidad Nacional Autónoma de México; El Colegio de México, 2008), 303–22. Enrique Florescano, *La función social de la historia* (México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2021), 88–96.

por la opción monárquica que representó Maximiliano de Habsburgo; desesperado por ver a su patria desgarrada, como otros tantos creyó ver en el Imperio una posibilidad para dominar el creciente desorden que se dejaba sentir desde la Revolución de Independencia.¹³ Establecida la monarquía, llegó a ocupar puestos de primer orden.¹⁴ Al derrumbarse el proyecto “conservador”, el oriundo de Parral se vio orillado al exilio (además de cargar con el *sambenito* de “traidor”).¹⁵

¹³ Con la intención de legitimar su investidura y ganarse adeptos, otros destacados personajes de la época también recibieron cierto tipo de cortesías por parte del nuevo régimen encabezado por el monarca austriaco. Un caso documentado es el de José Eleuterio González, hombre de múltiples facetas que radicó en Monterrey. Carlos Pérez-Maldonado, historiador regiomontano, reproduce las palabras que El Emperador y Juan Nepomuceno Almonte -Ministro de la Casa Imperial- le dirigieron al doctor González para tal distinción: *Maximiliano, Emperador de México. Queriendo dar una prueba de nuestra benevolencia a don José Eleuterio González, Catedrático de Medicina del Colegio Civil de Monterrey, le nombramos Oficial de la Orden Imperial de Guadalupe. Dado en el Palacio Nacional de México, el 12 de diciembre de 1865*. Ver: Carlos Pérez-Maldonado, *Los Pérez-Maldonado. Genealogía y heráldica* (Monterrey: Imprenta El Regidor, 1963), 93.

¹⁴ Pani, *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*, 396–97. Apéndice 2. La autora detalla que antes de 1864 fue Diputado (1842), integrante de la Junta de Notables (1843), Senador (1846), Secretario de Relaciones Exteriores (1846-47 y 1851-52), experimentó un primer exilio en tiempos de Santa Anna, formó parte del Consejo de Gobierno (1856) e integró el Consejo de Estado del Plan de Tacubaya (1857). Entre 1864 y 1866, ocupó los Ministerios de Negocios Extranjeros y de Estado, presidió la Comisión de Justicia, conformó la Academia Imperial y participó en la redacción del Código Civil del Imperio.

¹⁵ Otros intelectuales destacados quedaron en una situación parecida, como fue el caso de Manuel Larráinzar. Al igual que Ramírez, Larráinzar colaboró en el II Imperio (en este caso, con la Academia Imperial de Ciencias y Litera-

Así pues, la trayectoria pública de este abogado tiene la peculiaridad de haber comenzado en el ocaso del periodo colonial (Nueva España), para después continuarla -a la par de la constitución del Estado nacional- en la etapa independiente (México). Otro punto a destacar es que, con su quehacer desde los planos político e intelectual, contribuyó al estudio y conocimiento de lo nacional desde una región del norte de México. Con lo anterior ponemos énfasis en un par de aspectos: por un lado, que el movimiento ilustrado arribó a nuestro país de manera “tardía” (esto es, a lo largo del siglo XIX); por otro, que desde las regiones se generó una actividad intelectual destacada (y, en ocasiones, poco conocida) de la cual tenemos testimonio gracias a la obra que dejaron publicada.

Ramírez, historiador

Si tratamos ahora de ubicar al personaje en su faceta de historiador, cabe preguntar qué situación guardaba la escritura de la historia a lo largo de aquella centuria.

tura). En este marco, el abogado chiapaneco presentó el ensayo *Algunas ideas sobre la historia y maneras de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de la Independencia, en 1821, hasta nuestros días* (1865). Se trata de una propuesta integral y vanguardista para el estudio de la historia nacional presentada en la mencionada institución. Quedará en el olvido tras la caída de la aventura imperial. Casi veinte años después, Vicente Riva Palacio tomará al pie de la letra dicho programa para el *México a través de los siglos* (versión historiográfica canónica de la facción liberal triunfante). Por cierto, Ramírez redactó y leyó un discurso para la instalación de la mencionada Academia en aquel 1865. Ver: Ernesto de la Torre Villar, ed., *José Fernando Ramírez. Obras Históricas V. Poliantea* (México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001), 405–15.

La profesionalización de la historia como disciplina se inicia en nuestro país en los años de 1940. Instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México, la Escuela Nacional de Antropología e Historia y El Colegio de México comenzaron entonces a desarrollar proyectos académicos destinados a producir y difundir conocimiento sobre el pasado.¹⁶ Muestra de ello son las ofertas de licenciaturas y posgrados, multitud de publicaciones y la organización de eventos donde se discute lo realizado en dicho oficio. Sin embargo, es necesario advertir que en México desde mucho tiempo antes se había articulado un ámbito en el cual prominentes hombres públicos investigaron, escribieron y publicaron trabajos sobre la cuestión del pasado nacional.¹⁷ Los postulados metodológicos empleados en tales propuestas historiográficas, en particular aquellas ubicadas en la segunda mitad del siglo XIX, corresponden a la llamada *escuela metódica*.

El concepto *escuela metódica* fue acuñado y propuesto por Gabriel Monod en el primer número de *Revue Historique* -de vocación republicana, espíritu liberal y herencia erudita- en 1876.

¹⁶ Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México* (México, DF: Secretaría de Educación Pública, 1974), 15–29; Guillermo Zermeño, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica* (México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2001), 166–83. La obra referida de Matute se encuentra en una nueva edición del Fondo de Cultura Económica (2015), cuyo periodo va de 1940 a 1968.

¹⁷ Como referencia se encuentra: *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, selección y estudio preliminar Juan A. Ortega y Medina, Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México, 1970. En 1992 y 2001 se volvió a publicar la obra.

A su vez, Monod estaba inspirado en lo que al respecto se hacía del otro lado del Rin (L. Ranke, J.-G. Droysen, W. Humboldt, H. Treitschke, H. Sybel, E. Bernheim). Dosse encuentra en dicho “editorial-manifiesto” los planteamientos que regirán la historia científica como se practicó a lo largo de aquella centuria: “marcha hacia el progreso”, “visión lineal de la historia”, “aporte de las ciencias auxiliares”, “la historia como ciencia singular” y “acceder a un conocimiento indirecto”.¹⁸

Dicha propuesta “científico-idealista” se encuentra en su forma más acabada en los postulados de Leopold von Ranke (1795-1886). El objetivo era “aproximarse a la verdad histórica” a partir del reconocimiento y trabajo de “fuentes primarias” que den “exposición rigurosa de los hechos” del pasado. Lo anterior representa el inicio de la forma moderna del oficio.¹⁹ Tales hechos,

¹⁸ François Dosse, *La historia. Conceptos y escrituras* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2003), 26–36.

¹⁹ Juan A. Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 1980), 97–98. Además de Ortega y Medina, otros historiadores coinciden en señalar los planteamientos del pensador alemán como el inicio de una forma científica de estudiar el pasado. Por ejemplo, G. Zermeño, al argumentar el proceso mediante el cual la historia consigue su estatus científico en el siglo XIX, toma como punto de partida la propuesta de Ranke en Alemania que llegaría a México a través del “krausismo español”. Dicho modelo plantearía acercarse al pasado considerándolo objeto de estudio e ir al encuentro con los documentos de los archivos. Por su parte, Peter Novick destaca las innovaciones que aportó el historiador alemán como los métodos documentales y filológicos, un tratamiento crítico de fuentes o el desarrollo de seminarios para la formación académica, todo ello delineado por una “veneración panteísta al Estado” y un “impulso romántico”. Asimis-

como factores efectivos de sucesos históricos únicos, debían considerarse en su relación con una experiencia más amplia, con el todo. Asimismo, la línea metodológica de Ranke tuvo implicaciones de tipo político-ideológico al considerar a ciertas instituciones (la Iglesia, el Estado) como imprescindibles para acceder a la civilización, el progreso y la modernidad.²⁰ Y si la aspiración era un entorno moderno, civilizado y estable, el estudio del pasado debía insertarse en dicho proceso. De ahí el objetivo de desmarcar a la Historia del carácter teológico (providencia), filosófico (especulación) o literario (ficción) que hasta entonces la definía.

¿Es posible rastrear tales planteamientos en la historiografía mexicana de la época? Para abordar el punto, tomamos dos proyectos culturales de gran relevancia, los cuales nos sirven de referencia: por un lado, el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, monumento en cuanto a una forma de

mo, François Dosse al estudiar la propuesta de la *escuela metódica*, pondera de Alemania la “capacidad de organizar una enseñanza universitaria eficaz”, cuyo basamento está en la “doctrina cientificista de Ranke”. Ver: Zermeño, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, 77–110; Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana* (México, DF: Instituto Mora, 1997), 39–40; François Dosse, *La historia en migajas. De Annales a la “nueva historia”* (México, DF: Universidad Iberoamericana, 2006), 46–47.

²⁰ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2001), 170–72. Para White, este “realismo doctrinario” propuesto por Ranke posee “implicaciones conservadoras”, ya que el devenir “civilizador y moderno” de la humanidad sólo es posible en el contexto de instituciones como el Estado y la iglesia.

estudio del tipo erudito y con notable influencia del pensamiento ilustrado que se publicó entre los años 1853 y 1856; por otro, el *México a través de los siglos*, síntesis de la historia nacional por excelencia, que fuera respaldada por la triunfante facción liberal entre 1884 y 1889. En lo que respecta al estudio del pasado, ambas obras destacaron la necesidad de consultar las fuentes primarias -en especial las oficiales- como una forma de darle solidez a sus investigaciones. Tal premisa supuso alejarse de nociones como la de testigo ocular o superar la idea de que el estudio del pasado se hace desde la literatura; los aspectos mencionados habían dominado la escritura de la historia desde hacía siglos. En lo general, se trató de una época en la que se propiciaron los primeros planteamientos, prolijos y de alto nivel en torno a una actividad que pretendía encarar y resolver al menos dos preocupaciones específicas: la intención de posicionar al estudio de la historia como un ejercicio científico practicándola desde las profesiones liberales, y la utilidad que de dicho oficio se podía tener según las coyunturas político-ideológicas de ese momento. La escritura de la historia tuvo, por tanto, un carácter estratégico -al menos durante ese lapso- y la obra de prominentes personajes nacionales es muestra de ello.²¹

Ahora centrémonos en un rasgo de dicha tradición historiográfica mexicana: las distintas tendencias cultivadas

²¹ Edgar Iván Espinosa Martínez, “En busca de un método: la escritura de la historia en México, 1853-1889”, *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, núm. 123 (2010): 21–58.

entonces. Según apunta Antonia Pi-Suñer, es posible identificar “obras históricas monográficas” (donde abordaban sucesos “recientes” como la intervención francesa y el II Imperio), el “género biográfico” (con el propósito de difundir la vida y obra de próceres bajo una estrategia didáctica y misión moral), las “historias generales” (ya sea a manera de proyecto como lo desglosó el citado Larráinzar o en trabajos muy elaborados como los de I. Álvarez, N. de Zamacois, H. H. Bancroft, hasta la aparición del mencionado *México a través de los siglos*), “libros de texto” (Catecismos, Lecciones, Cartillas que en muchas ocasiones fueron lectura obligatoria en distintos niveles de enseñanza), “novela histórica” (V. Riva Palacio, M. Payno, G. Prieto, M. Altamirano), así como los trabajos de tipo documental y carácter erudito (M. Romero, M. Orozco y Berra).²² Es en esta última veta donde podría incluirse y estudiarse la obra del autor en cuestión.

Como ilustrado mexicano del siglo XIX, Ramírez fue un hombre de múltiples facetas. Su obra -como su quehacer- abarcó distintos ámbitos (política, estadística, historia). Es el último punto al que nos interesa acercarnos pues, como otros personajes notables de la época, valoró y estudió la herencia y tradiciones del país. Nos guiaremos por la premisa que indicaría la promoción

²² Antonia Pi-Suñer Llorens, “Introducción”, en *Historiografía Mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884* (México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2001), 9–30.

de un sentido de pertenencia (identidad nacional) mediante la elaboración y difusión de sus trabajos como historiador. Para tal acercamiento, tomamos la estructura expositiva propuesta por Ernesto de la Torre Villar -conocedor, como pocos, de aquella centuria- en su edición de las *Obras Históricas* del autor chihuahuense: una parte dedicada a la “época prehispánica”, otra a la “época colonial” y una más a la “época moderna”.

Ahora, ¿cómo afectó su postura político-ideológica en su brega intelectual? ¿Es posible plantear que este autor difundió una mexicanidad si apoyó la instauración de un régimen que -supuestamente- se le impuso a México desde el exterior? ¿Encontraríamos en su obra algún rasgo “conservador”?

La tradición prehispánica

En nuestro país, el estudio científico de las etapas anteriores a 1521 fue un asunto que comenzó a reclamar la atención de eruditos en las últimas décadas de la centuria decimonónica. Sirvan de referencia los siete tomos de unos *Estudios sobre la historia de América, sus ruinas y sus antigüedades, comparadas con lo más notable que se conoce del otro continente, en los tiempos más remotos, y sobre el origen de sus habitantes*, del referido M. Larráinzar publicados entre 1875 y 1878. Otro esfuerzo en esta misma línea es el tomo primero del *México a través de los siglos* (1884-89), cuya autoría se le debe a Alfredo Chavero donde aborda -débilmente- el periodo anterior a la Conquista encabezada por Hernán Cortés. Es decir, para entonces no existía una tradición

sólida respaldada con trabajos acuciosos sobre dicha etapa. Así las cosas, ¿qué atrajo a Ramírez hacia los procesos -hoy diríamos arqueológicos- del periodo prehispánico?

Un primer esbozo donde nuestro autor externa su inquietud por este tipo de estudios, quedó pasmado un trabajo intitulado *Antigüedades mexicanas conservadas en el Museo Nacional de México*.²³ Ignoramos el año en que fue escrito y/o publicado, pero si se toma en cuenta que el personaje falleció en 1871, estaríamos ante un catálogo cuya elaboración antecede los dos ejemplos citados. En dicha descripción, presenta de manera detallada 42 piezas (destacan “objetos” y “figuras de barro”, “cilindro de basalto”, “máscara de obsidiana”, “urna cineraria”, vasos de “piedra y barro”, “silbato de barro cocido”, “hermoso arco de serpentina”, entre otras cosas).

En el mismo sentido, el intelectual chihuahuense presta atención al rescate de dos hombres fundamentales para entender la herencia prehispánica mexicana: Bernardino de Sahagún y Lorenzo Boturini Benaducci. Respecto al misionero franciscano, pretendió ampliar y contextualizar la obra *Calendario Matlaltzinca*²⁴ -de marcado carácter etnográfico-, encontrada en el acervo del mencionado Museo Nacional. El abogado no sólo pretendía difundir dicho trabajo, sino que lo acompañaba con un aporte (“observaciones” de distinta índole) que le diera “forma definitiva”.

²³ Torre Villar, *José Fernando Ramírez. Obras Históricas I. Época Prehispánica*, 132–52.

²⁴ Torre Villar, 155–203.

En cuanto al *valtellinese*, pondera su propuesta cronológica y su *Historia general de la América septentrional*;²⁵ no se trata de una mera relación lineal y continua (antes-después), sino que identifica estaciones, tiempos, periodos, así como su simbolismo en la tradición mesoamericana. Lo anterior llevará a Boturini -y, siglos después, al propio Ramírez-, a interesarse por la historia mexicana (en especial, la *Historia chichimeca* de F. de Alva Ixtlilxóchitl) anterior a la invasión europea. No es un dato menor, pues como hombre público activo en los planos político e intelectual vivió un entorno de permanente crisis e inestabilidad que impedía la constitución del Estado, y entonces la única forma de unidad nacional parecía provenir de identificar (¿o construir?) un pasado común (en este caso, indígena y rescatado con posterioridad por europeos).

La herencia novohispana

Ignacio Ramírez (1818-1879), uno de los hombres públicos más destacados de aquella centuria y cuya posición liberal se identifica como “radical”, escribió unas reflexiones bajo el título “La desespañolización”. En este artículo, publicado por vez primera en 1865 en *La Estrella de Occidente de Ures* y donde entró en polémica con el escritor español Emilio Castelar, “El Nigromante” inicia sus argumentos así:

¡Mueran los gachupines! Fue el primer grito de mi patria: y en esta fórmula terrible se encuentra la desespañolización de México. ¿Hay algún mexicano que no haya preferido en su vida

²⁵ Torre Villar, 205–38.

esas palabras sacramentales? Yo, uno de los más culpados, debo al señor Castelar, a quien admiro, una explicación razonada, sobre por qué, en unión de mis conciudadanos, reniego de la nación que, creyendo descubrir en la frente de Colón un camino seguro para robar a los portugueses las Indias orientales, tropezó con nosotros, y desde entonces se ha complacido en devorarnos.²⁶

La visceralidad de *este* Ramírez está en consonancia con la de aquellos que veían en la gesta de independencia iniciada por “curas-guerrilleros” (primero Hidalgo y después Morelos, incluso hacen propios preceptos de la Revolución Francesa), el punto de partida para definir México y, por tanto, lo *nacional*. Para ellos, la virgen de Guadalupe, Sigüenza y Góngora, Sor Juana, la arquitectura barroca y todo lo que hiciera reminiscencia a lo colonial, era motivo de oprobio y -de plano- debía eliminarse. En contraste, la postura y argumentos de *nuestro* Ramírez -también liberal como su par mencionado-, resultan atinadamente conciliadores al ser capaces de reconocer e integrar la herencia del virreinato novohispano a la conciencia histórica mexicana.

En tal sentido, ¿cómo entender que un liberal le otorgara algún valor a una etapa considerada por los “radicales” de atraso?, ¿qué relevancia ponderó el intelectual chihuahuense de la historia colonial desde un ámbito regional específico? Un primer aspecto para responder a los planteamientos anteriores tiene que ver

²⁶ Ignacio Ramírez, “La desespañolización”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, ed. Jorge Ruedas de la Serna (México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996), 189.

con el rescate y estudio de su obra historiográfica. A partir de dicho ejercicio, encontramos matices que nos permiten entender la función social del historiador en México en la segunda mitad del siglo XIX. Una de las tareas de esa función era -como ya se planteó- construir un ser nacional capaz de reconocerse en él y de distinguirse ante el mundo. Este postulado propio del *romanticismo* impulsó a nuestro historiador a buscar los orígenes, en este caso, en los procesos de conquista y colonización de una parte del septentrión de la Nueva España. Así, cuestiones relativas a la religión (catolicismo), la lengua (español) y lo étnico (mestizaje) fraguados durante dicho periodo -en ocasiones a sangre y fuego, y aun a costa de la destrucción de culturas enteras-, el autor los identifica y presenta como pilares de ese *ser* nacional.

Revisemos de forma breve aquellos aspectos que, como historiador, reclamaron la atención del chihuahuense. Algo en lo que Ramírez enfocó su atención fue a la obra dejada por viajeros de los siglos XVI y XVII que se internaron a lo que configuraba como septentrión novohispano. Particular interés le despierta Nuño de Guzmán a quien, de entrada, lo pone a la altura de Hernán Cortés o Pedro de Alvarado; como aquellos dos conquistadores de la legendaria México-Tenochtitlan, al oriundo de Castilla le reconoce el coraje de empezar la integración a la corona española de aquel vasto territorio.²⁷ Si bien sobre la figura

²⁷ Ernesto de la Torre Villar, ed., *José Fernando Ramírez. Obras Históricas II. Época Colonial* (México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001), 149.

de Nuño de Guzmán existe hasta la fecha una “leyenda negra” que le atribuye todo tipo de crímenes y atrocidades, Ramírez ve en él a alguien con audacia y valentía, capaz de abrirse paso en tierras extrañas e inhóspitas. Si Cortés puede considerarse el iniciador de un proceso histórico que acabó por darle forma a lo que hoy es México, Nuño de Guzmán hizo lo propio en esta enorme porción del territorio nacional.

Otros personajes también aparecen en el elenco que el historiador chihuahuense pareciera querer reivindicar. Así, para Ramírez los religiosos merecen mención especial, pues si bien los militares mediante las armas fueron la punta de lanza en las campañas de conquista, las órdenes mendicantes tuvieron la ardua tarea de convencer, persuadir a la población nativa hacia el “verdadero Dios”. Por tanto, nuestro autor rescata la labor de los padres Martín Pérez en Sinaloa, Horacio Polici en Sonora, Juan Sedelan en Chihuahua, así como la infatigable incursión de Kino y Salvatierra por llevar el evangelio a las Californias.²⁸ Llegados a Nueva España hacia 1572, el predominio de los jesuitas en este extremo geográfico del virreinato muestra que su trabajo lo hicieron con todo en contra (lejanía de las principales poblaciones, escasez de recursos económicos, territorios vastos, geografía desconocida e inhóspita).

Pero el conocimiento y reconocimiento de una tradición historiográfica por parte de Ramírez no se limitaba a la producción

²⁸ Torre Villar, 245.

nacional. Y es que en un país que tiene la extraña patología de victimizarse, se vuelve toda una hazaña encontrar referentes más allá de nuestros límites (no sólo geográficos). A nuestro historiador chihuahuense (que no provinciano), activo en los planos político e intelectual, le tocó experimentar el caos que para México fue todo aquel siglo, cuya invasión del ejército estadounidense supuso el punto más crucial de aquellas crisis crónicas.

Por lo anterior, es de destacar la ponderación que hace de la obra de William Hickling Prescott. Estadounidense nativo de Nueva Inglaterra (es decir, *yankee*), este historiador devino en hispanista erudito y es su versión de *The History of the conquest of México* la que escudriña. Publicada en medio de los conflictos entre ambos países de cara a un conflicto que los redefinirá, Ramírez alaba la solidez documental y un uso impecable de las fuentes.²⁹ Y como buen publicista (esto es, polemista) de su tiempo, el nativo de Parral señala lo que considera “errores” respecto a la “verdad histórica” (en particular, cuando estaría por repetirse un episodio parecido: la dominación extranjera en México).

Otro asunto que indagó Ramírez, concerniente al septentrión novohispano, tiene un rasgo más bien etnológico y es el relativo a las lenguas alguna vez habladas por la población nativa de la parte noroeste del territorio nacional. En especial, presenta datos e información que encontró en el Archivo General de la Nación sobre Sinaloa, Sonora, Nuevo México y California

²⁹ Torre Villar, 227.

cuya datación la ubica entre los siglos XVI y XVIII.³⁰ Al leer el rescate de dichas fuentes, me recuerda los esfuerzos de B. de Sahagún y F. X. Clavigero quienes, en momentos distintos, pero con preocupaciones parecidas, rescataron parte de la cultura indígena que, en cierto modo, fue el presagio de una emancipación espiritual e intelectual novohispana.

Reconocer el valor histórico y cultural del virreinato, así como su impacto en la construcción del México republicano y liberal, tiene para la escritura de la historia implicaciones de tipo metodológico. En el caso de la propuesta historiográfica que nos ocupa, nuestro personaje se muestra como un historiador moderno al emplear el *sentido de perspectiva*: es decir, abordó ese pasado de forma indirecta, lo que significa que reconstruyó desde su presente (siglo XIX) la distancia temporal que lo separaba de su objeto de estudio (siglos XVI-XVIII), mediante la búsqueda y uso de distintos tipos de datos e información.

El siglo XIX (o cómo lidiar con el presente)

Para México, dicho periodo supuso un tránsito: abandonar las condiciones de una herencia colonial y constituir las instituciones de un Estado nacional *moderno*. El quehacer de nuestro personaje, tanto en el plano político como intelectual, es parte de ese ambiente. En tal sentido, fueron dos sucesos los que calaron hondo en este liberal moderado y tienen que ver con las dos invasiones

³⁰ Torre Villar, 275.

que el país padeció en aquella centuria: la del ejército estadounidense entre 1846 y 1847, así como la del francés de 1862 a 1866. Como sabemos, el desenlace de tales experiencias fue distinto; mientras la primera acabó en una derrota que puso en entredicho la viabilidad del máximo objetivo mencionado, la segunda, por coyuntura si se quiere, terminó con un saldo que hasta la fecha se considera favorable y positivo.

Desde el punto de vista de la escritura de la historia, ¿cómo afectaron tales acontecimientos y cómo pueden ser identificados en la historiografía mexicana de entonces? Para ello, tomamos la premisa de Antonia Pi-Suñer, quien plantea:

Creemos que, desde el punto de vista de la historiografía, en 1867 se volvió a repetir en cierta manera lo que había sucedido en 1848. Si bien en aquel año la derrota y la pérdida de más de la mitad del territorio había trastocado al país y en cambio en 1867 se había logrado vencer al invasor, en ambas ocasiones la intervención extranjera fue un acicate para la reafirmación del nacionalismo. Entonces como ahora se hizo evidente que cabía insistir en aquello que hacía de México una nación. Se quiso mostrar que no sólo se compartía un ámbito geográfico común, sino también un pasado histórico y unas tradiciones culturales de las que se tenía que estar orgulloso. Se hizo un esfuerzo magno para dar a conocer la geografía de nuestro país, retratar paisajes, rehabilitar costumbres, tipos populares, etc. A la vez, el rescate de nuestro devenir histórico se convirtió en una labor de primera importancia, buscándose un discurso que articulase el pasado en su conjunto y diese sentido al presente. En pocas palabras, se estaba en busca de un discurso integrador de la nación.³¹

³¹ Antonia Pi-Suñer Llorens, “La generación de Vicente Riva Palacio y el Sillares, vol. 1, núm. 2, 2022 268
DOI: <https://doi.org/10.29105/sillares1.2-6>

Ramírez, como parte de aquellas generaciones de mexicanos que vivieron y padecieron la dominación extranjera, echó mano de su lucidez y de su vena de escritor para reflexionar sobre lo que consideró una tragedia. Así, entre junio de 1846 y septiembre de 1847, este abogado dejó por escrito sus impresiones diarias ciertamente angustiosas y cargadas de incertidumbre; desconfianza, desesperación, llamamientos políticos, desorganización militar, levantamientos ante una autoridad incapaz de imponerse y hacer frente al invasor, son desglosados, no sin pena y dolor, por el nativo de Parral.³² Los apuntamientos *México durante su guerra con los Estados Unidos*, resultan un ejercicio cuyo impulso lo compartieron todas las personas que habitaban el territorio nacional: ahora qué pasará con México. Otros trabajos colectivos también se hicieron y circularon entonces como los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, colaborando -entre otros-, J. M. Iglesias, I. Ramírez, G. Prieto y M. Payno. Tras semejante colapso, el país pudo haberse fragmentado, dividido, dejado de existir para configurar nuevos entes. Sin embargo y pese al terrible final, México sobrevivió, no sin problemas, a esos años aciagos.

quehacer historiográfico”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 35 (1996): 89.

³² Ernesto de la Torre Villar, ed., *José Fernando Ramírez. Obras Históricas III. Época Moderna* (México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001), 19–170.

Ramírez ya no vivirá para ver a su país recuperado, con relativa estabilidad y orden. Con la caída, quizá deba decirse derrumbe, de la aventura imperial, el otrora distinguido ministro se verá forzado al exilio del que ya no regresará con vida.

Esa aventura imperial también sirvió de acicate al hombre público del que nos ocupamos. Tal vez sea necesario señalar que, hasta la fecha, dicha etapa es considerada como una de las páginas más oprobiosas de la historia nacional. En una centuria caracterizada por la anarquía, la amenaza de potencias extranjeras, el desmembramiento geográfico, las penurias económicas, los desgarros provocados por las luchas intestinas y la aparición de caudillos, la idea de un monarca europeo para que lleve las riendas del maltrecho país sugería, para muchos, la posibilidad apaciguar a una nación que parecía no decidirse a nacer.

Ya se mencionó la colaboración de don José Fernando en el Segundo Imperio y viene a cuento advertir, a manera de analogía, que si como liberal supo valorar la herencia virreinal, sin dejar dicha condición político-ideológica, aceptó sumarse al proyecto monárquico. En tal sentido, como “imperialista”, si vale el término, de primera mano redactó unas *Memorias para servir a la historia del Segundo Imperio Mexicano*.

Desde el “Plan del autor”, este abogado liberal inicia con el siguiente argumento: “No quiero escribir la historia del Imperio, ni justificar la administración imperial. Tampoco es mi intento hacer inculpaciones constituyéndome en acusador. Francamente y

sin ambages, me declaro defensor”.³³ Lo dicho, como otras tantas personalidades de aquel tiempo, Ramírez admite -sin empacho- haber visto en el régimen encabezado por el emperador Habsburgo una posibilidad de orden. Continúa con lo que denomina “Intentos”, y expone: “Llamar la atención de mis compatriotas sobre ciertas verdades: por eso hay digresiones de que pido excusas. Quiero verdaderamente conseguir lo que el autor desea querer. Poca esperanza de producir efecto: los órganos interesados y enemigos son numerosos, europeos y yo en México sospechoso de parcialidad. Dicen tu boca ladra. Ladremos y júzguese”.³⁴

De manera adusta, el chihuahuense pone en claro su situación al haber quedado en el bando derrotado (por tanto, ubicado como “villano” y “traidor”). Así, este “vende patria”, según la historiografía oficialista, trata en estas líneas de explicar su actuar y, de hecho, el proyecto imperialista (por lo demás, de acusada tendencia liberal al pretender adoptar las Leyes de Reforma). Visto desde tal ángulo, el caso de Ramírez en lo particular y del Segundo Imperio en general, son ejemplo -¿acaso víctimas?- de las antinomias y contradicciones crónicas entre la élite política e intelectual mexicana a lo largo del siglo XIX.³⁵

³³ Torre Villar, 183.

³⁴ Torre Villar, 183.

³⁵ Elías José Palti, “Lucas Alamán y la involución política del pueblo mexicano. ¿Las ideas conservadoras en ‘fuera de lugar’?”, en *Conservadurismo y derechas en la historia de México, Tomo I*, ed. Erika Pani (México, DF: Fondo de Cultura Económica; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010), 301.

En esa línea argumentativa, nuestro autor retoma la interpretación historiográfica de Alamán (símbolo del ala conservadora durante la primera mitad de aquella centuria), para quien la “anomalía histórica” de México fue la Independencia y su intención de romper con la tradición novohispana. La pretensión de dar la espalda a la cultura y costumbres como herencias implantadas desde hacía más de trescientos años (entre ellas un gobierno monárquico), “desnaturalizó” el devenir histórico de la nación a lo largo de aquel siglo. No es gratuito, entonces, que un abogado de postura liberal (en este caso, moderada) pida a sus compatriotas “entender”, no sin escepticismo, las razones de sus actos.

Consideraciones finales

José Fernando Ramírez, activo en los planos intelectual y político desarrolló una veta particularmente acuciosa como historiador (E. de la Torre Villar lo ubica como “bibliófilo, anticuario e historiógrafo”). Inmerso en el *romanticismo* (que devino en el rescate, estudio y difusión de la cultura nacional) y en el *liberalismo* (esfuerzos dirigidos a constituir el Estado mexicano) de su tiempo, entendió, como otros de aquellas generaciones, que los asuntos de la cultura y la política debían complementarse para lograr el objetivo máximo: la constitución del Estado *moderno*.

En tal sentido, destacan un par de aspectos en la obra abordada de nuestro personaje: por una parte, le otorgó un lugar de primer orden a la herencia precolombina (en este caso, a partir

de la búsqueda y recopilación de la obra de autores clave de la tradición novohispana); por otra, la organización de datos e información sobre procesos relativos a lo que hoy identificamos como el territorio noroeste nacional (en este caso, las actuales entidades de Sinaloa, Sonora, así como los territorios de las Californias). Por tanto, nos encontramos ante un profesionalista liberal que, desde una región del país aportó con su labor, tanto a la administración pública como con sus investigaciones, a la viabilidad y concreción del Estado nacional.

Lo anterior contrasta, como se señaló, con la etapa profesional del oficio en México, cuya principal justificación es construir conocimiento. Dicho planteamiento supone que la disciplina logra su *fin* en sí misma (ya no es necesario exaltar a la Patria o apelar al Estado para conseguir tal propósito). En contraste, las generaciones de historiadores mexicanos (identificados en ocasiones como “reputados literatos”) durante, prácticamente todo el siglo XIX, asumieron su labor de forma estratégica como parte de algo que consideraron un “objetivo supremo”: constituir el Estado nacional en un país, ya se mencionó, convulsionado. Por tanto, para ellos la Historia no era un fin, sino un *medio* necesario y preciso para contribuir al logro de dicha meta. Así, para nosotros el Estado mexicano, imperfecto si se quiere, en ocasiones inoperante, es algo dado, ya sea contemplado como un territorio delimitado, como un ente político o como la suma de instituciones (legislativas, judiciales, educativas, electorales, de

seguridad pública, de seguridad social, etc.) que regulan nuestra vida diaria. En contraparte, ahora es necesario recordar que, para aquellos hombres públicos de la entonces nueva nación, el Estado fue algo que debieron constituir ante una multitud de amenazas propiciadas desde el interior (luchas intestinas, guerras civiles, caudillismos, desastre económico) y otras de origen externo (dominación extranjera, invasiones).³⁶

Asimismo, es relevante señalar que en la vasta zona que quedó definida como norte de México a partir de 1848, otros hombres públicos también contribuyeron con su quehacer a forjar una cultura mexicana. Como referencia, mencionemos los casos de José Eleuterio González (1813-1888) en Nuevo León, Esteban L. Portillo (1860-1897) en Coahuila y Alejandro Prieto (1841-1921) en Tamaulipas; si bien pertenecieron a distintas generaciones y estuvieron activos en distintos momentos, su obra queda como testimonio, y como objeto de estudio, para acercarnos a una época en la cual la prioridad fue México. Sin embargo, dichos trabajos también son evidencia de que esa apuesta impostergable por lo

³⁶ Ruedas de la Serna, “Presentación”, 7 y 8. El autor plantea respecto a la intensa y prolija producción escrita e impresa de aquel siglo -de la cual la Historia formaba parte-, lo siguiente: “En conjunto, sin embargo, prueban que la actividad literaria del siglo pasado estuvo acompañada de una amplia reflexión, o podríamos decir “autorreflexión”, de quienes ejercieron el oficio de escritor y contribuyeron a darle una especial dimensión entre las actividades humanas, mayormente resaltando su utilidad y su importancia para mejorar a la sociedad, depurar sus costumbres, robustecer la moral pública, revalorar nuestro patrimonio geográfico y cultural, afirmar nuestra identidad y, con todo ello, fortalecer la conciencia nacional”.

nacional también se llevó a cabo desde las distintas regiones que integran nuestro país.

Un apunte final relacionado con el epígrafe de O’Gorman: efectivamente, aquellos ilustrados mexicanos amaron la “verdad” en sus múltiples expresiones (tanto en la ciencia como en el arte). Pero esa verdad no resultó algo dado o acabado: la construyeron. En el caso que nos ocupó, Ramírez la construyó a partir de la recolección de ciertos datos e información, una buena pluma propia de un escritor destacado y algo quizá menos tangible pero igual de importante: su compromiso hacia un país que parecía irse de las manos.

Referencias

- Arenal, Jaime del. “El discurso en torno a la ley: el agotamiento de lo privado como fuente del derecho en el México del siglo XIX”. En *Construcción de la legitimidad política en México*, editado por Brian Connaughton, Carlos Illadez, y Sonia Pérez Toledo. México, DF: El Colegio de Michoacán; Universidad Autónoma Metropolitana; Universidad Nacional Autónoma de México; El Colegio de México, 2008.
- Brading, David. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México, DF: Era, 2004.
- Dosse, François. *La historia. Conceptos y escrituras*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.
- Dosse, François. *La historia en migajas. De Annales a la “nueva historia”*. México, DF: Universidad Iberoamericana, 2006.
- Espinosa Martínez, Edgar Iván. “En busca de un método: la escritura de la historia en México, 1853-1889”. *Relacio-*

- nes. *Estudios de historia y sociedad*, núm. 123 (2010): 21–58.
- Florescano, Enrique. *La función social de la historia*. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2021.
- González y González, Luis. *Obras Completas. Tomo VI La ronda de las generaciones*. México, DF: Clío; El Colegio Nacional, 1997.
- Hale, Charles. *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Matute, Álvaro. *La teoría de la historia en México*. México, DF: Secretaría de Educación Pública, 1974.
- Novick, Peter. *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*. México, DF: Instituto Mora, 1997.
- Ortega y Medina, Juan A. *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*. México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 1980.
- Palti, Elías José. “Lucas Alamán y la involución política del pueblo mexicano. ¿Las ideas conservadoras en ‘fuera de lugar’?” En *Conservadurismo y derechas en la historia de México, Tomo I*, editado por Erika Pani, 300–323. México, DF: Fondo de Cultura Económica; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010.
- Palti, Elías José. *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Palti, Elías José. *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2005.

- Pani, Erika. *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*. México, DF: El Colegio de México; Instituto Mora, 2001.
- Pérez-Maldonado, Carlos. *Los Pérez-Maldonado. Genealogía y heráldica*. Monterrey: Imprenta El Regidor, 1963.
- Pi-Suñer Llorens, Antonia. “La generación de Vicente Riva Palacio y el quehacer historiográfico”. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 35 (1996): 83–108.
- Pi-Suñer Llorens, Antonia. “Introducción”. En *Historiografía Mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*. México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Históricas, 2001.
- Ramírez, Ignacio. “La desespañolización”. En *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, editado por Jorge Ruedas de la Serna. México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Ruedas de la Serna, Jorge. “Presentación”. En *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, editado por Jorge Ruedas de la Serna. México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Sepúlveda, César. “José Fernando Ramírez. Estancia y muerte en Bonn, 1867-1871”. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, núm. 8 (1987): 24–41.
- Torre Villar, Ernesto de la, ed. *José Fernando Ramírez. Obras Históricas III. Época Moderna*. México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- Torre Villar, Ernesto de la, ed. *José Fernando Ramírez. Obras Históricas II. Época Colonial*. México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

- Torre Villar, Ernesto de la, ed. *José Fernando Ramírez. Obras Históricas V. Políantea*. México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- Torre Villar, Ernesto de la, ed. *José Fernando Ramírez. Obras Históricas I. Época Prehispánica*. México, DF: Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Zermeño, Guillermo. *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2001.